

## CUANDO LA MÚSICA SE APODERA DE LA SELVA

(Publicado en Los Tiempos el 2 de Sept. y en El Deber el 4 de Sept. de 2006)

Rubens Barbery Knautd \*

Fueron cuatro días de conciertos. Los acordes se dibujaban en el aire como quien describe la esperanza. San Javier, Concepción, San Ignacio, San Miguel, San Rafael y Santa Ana, poblaciones mágicas que nos deleitaron con su encanto. Cada partitura cuenta la historia de esos aventureros jesuitas que a través de la música transmitían su fe. Pueblos Chiquitanos que se apropiaron de lo mejor de dos mundos y cantando recrearon el reino de Dios en la tierra.

En medio de la selva es posible escuchar el silencio. Tendidos en el suelo de Santa Ana se pueden ver las estrellas, aquellas que alumbran por igual a todo el que quiera abrir los ojos, basta mirar al infinito. Por momentos me sentí parte del mundo, sin patria, sin diferencias. Pude soñar despierto, hipnotizado por el vaivén de las ramas del toborochi solitario que adorna el centro del universo y saluda como agradeciendo la compañía. La mano que acaricia mi cabeza, en ese momento arrulla a la humanidad.

Como descubriendo cada rincón del universo, la opera de la selva cobra vida para interrumpir el silencio. El murmullo de los violines hace bailar a la Cruz del Sur. El cielo que nos cobija tiene ahora color, la pelea del bien y el mal, esa confrontación eterna, la vida misma. El ideario colectivo de un final feliz, interpretado por jóvenes chiquitanos que adquieren la forma de ángeles a través de sus voces. La majestuosidad barroca seduce, las sensaciones fluyen y la humedad se apodera de los ojos sin consentimiento.

La curiosidad domina el temor de los niños que corren a espiar al diablo interpretado en la opera. No quieren perder la oportunidad de ver los cuernos, la cola y el tridente del culpable eterno de todos los males. La inocencia se enfrenta por primera vez con la maldad personificada que cae derrotada por la sonrisa del más avisado que descubre al hombre detrás del disfraz. El coro retumba y se puede percibir al aire en su forma musical contorsionándose entre los pilares tallados del templo. El poder de los sentidos nos abraza y nos arrastra con frenetismo a la consumación del acto, luego, la paz eterna, el triunfo del bien sobre el mal expresado en aplausos. La música se apoderó de la selva.

Fueron días de sueños, de personas, instituciones e ilusiones compartidas, donde la mezquindad no pudo con la voluntad de todos aquellos que creen en la posibilidad de compartir un territorio con variedad cultural. Nuevamente la música nos enseñó principios universales que nos unen. Indígenas, no indígenas, blancos, europeos, americanos, tomaron su verdadera dimensión de humanidad, las almas bailaron juntas, sin diferencias hablaron el mismo idioma.

\* [www.metafora.mundoalreves.com](http://www.metafora.mundoalreves.com)